



Willa Cather

Una dama
extraviada

Historia de fascinación sostenida y de sueños traicionados, vista por un joven que se abre a la vida: Marianne Forrester, esposa de un pionero del ferrocarril, anfitriona de la única casa elegante de la triste población de Sweet Water, siempre alegre en la riqueza y siempre resistente en la penuria, pasa de ser una gran señora a una mujer señalada por todas las habladurías. Un joven que la adora acaba despreciándola, y sobre su relación construye la autora un espléndido ejercicio sobre los entresijos de toda idealización. Hay mucho en Marianne de esa bella mujer con envés trágico tan presente en la literatura norteamericana (Edith Wharton, Scott Fitzgerald), pero su capacidad de supervivencia la convierte en símbolo de la mujer pionera que reivindica la vida, la sabiduría y el optimismo por encima de todas las cosas. Al hilo del relato de la degradación de Marianne Forrester —narrada de un modo delicado— y del desencanto del joven Niel, Willa Cather va describiendo el escenario que tanto le gusta, el de los pioneros y colonos del Oeste americano, esta vez situando la acción en los últimos coletazos de aquella época.

Índice de contenido

Cubierta

Una dama extraviada

NOTA AL TEXTO

PRIMERA PARTE

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

SEGUNDA PARTE

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

Sobre la autora

Notas

¡Que venga mi coche! ¡Adiós, señoras, buenas
noches!
Adiós, amables damas, adiós^[1].

NOTA AL TEXTO

Una dama extraviada se publicó por entregas en la revista *Century* de abril a junio de 1923. En septiembre apareció en forma de libro (Alfred A. Knopf, Nueva York) y en diciembre iba ya por la sexta edición (50 000 ejemplares). La presente traducción se basa en el texto de la primera edición.

PRIMERA PARTE

I

Hace treinta o cuarenta años, en una de esas poblaciones grises —aún más grises hoy que entonces— que jalonan la línea del ferrocarril de Burlington, se alzaba una casa cuya fama alcanzaba de Omaha a Denver en virtud de su particular atmósfera de elegancia. Una fama que se extendía, para ser exactos, entre la aristocracia del ferrocarril de la época: entre todos los caballeros directamente vinculados al ferrocarril o relacionados con alguno de los negocios «de tierras» que habían surgido al abrigo de este. En aquellos tiempos bastaba con decir de alguien que «estaba conectado» con la Burlington. Entre los privilegiados se contaban los administradores, directores generales, vicepresidentes, superintendentes, cuyos nombres todos conocíamos; los sobrinos o hermanos menores de estos eran los interventores, representantes, ayudantes de departamento. Todo aquel que «estaba conectado» con la ferroviaria, incluso los transportistas de reses y de grano, disponía de pases anuales; los afortunados y sus familias se dedicaban a recorrer la línea de un extremo a otro. En los estados rurales de aquel entonces convivían dos estratos sociales muy diferenciados: los colonos y peones que habían emigrado para ganarse la vida, y los terratenientes y banqueros procedentes de la costa atlántica, quienes habían venido a hacer inversiones y a «desarrollar nuestro inmenso Oeste», según nos decían.

Entre viaje y viaje por la línea, y si no les urgía el negocio, el pasatiempo predilecto de los hombres de la Burlington era apearse del expreso y pasar la noche en algún hogar atento donde su importancia fuese reconocida con finura; y no había hogar más atento que el del capitán Daniel Forrester, en Sweet Water. El capitán Forrester también estaba conectado con el ferrocarril: como contratista, había

tendido cientos de kilómetros de vía para la Burlington, que cruzaban las praderas de artemisa y las tierras ganaderas y llegaban hasta Black Hills.

El hogar de los Forrester, como todos lo llamaban, no era en absoluto vistoso; eran sus habitantes quienes le conferían un tamaño y una elegancia mayores de los que tenía. La casa se asentaba sobre una colina baja y uniforme, a más de un kilómetro al este del pueblo: era una casa blanca dotada de un ala, con tejados en pendiente pronunciada para que resbalase la nieve. Tenía dos porches, de una angostura contraria a la idea moderna de comodidad, que se alzaban sobre las típicas columnitas frágiles y delicadas que se empleaban en aquel entonces, una edad en que hasta el más sencillo tablón sufría indecibles torturas en el torno hasta convertirse en algo espantoso. Aunque se hubiese limpiado de enredadera y desbrozado la maleza, es improbable que el aspecto de la casa hubiese podido mejorar significativamente. Comunicaba con una hermosa plantación de algodón, que abría sus brazos protectores a derecha e izquierda y que se extendía libremente tras ella, colina abajo. Debido a su emplazamiento en la colina, y a la vegetación movediza que la hacía resaltar, la casa era lo primero que uno veía cuando el ferrocarril se aproximaba a Sweet Water, y lo último que contemplaba al marcharse.

Para llegar a la propiedad del capitán Forrester había que cruzar un arroyo ancho y arenoso que discurría por el límite oriental del pueblo. Tras pasarlo por el puentecillo o por el vado, se llegaba al camino que llevaba a la casa, bordeado por álamos de Lombardía, y con grandes prados a ambos lados. Precisamente al pie de la colina sobre la que se levantaba la casa era necesario vadear un segundo arroyo por un recio puente de madera, más ancho que el primero. Este riachuelo iba describiendo arcos y curvas sin gracia mientras surcaba los anchos prados, que eran mitad dehesa y mitad marjal. Cualquiera que no fuese el capitán Forrester habría drenado el marjal para convertirlo en terre-

nos de elevado rendimiento. Pero desde hacía mucho tiempo, el capitán había escogido aquel lugar como residencia porque le parecía hermoso; además, resulta que le gustaba el zigzag del arroyo entre sus pastos salpicados de hierbabuena y de grama de agua, circundados por sauces que despedían destellos de luz al moverse sus hojas. El capitán aún gozaba por aquel entonces de una situación desahogada, y no tenía hijos. Podía permitirse sus caprichos.

Cuando iba a la estación en su coche de punto, poco ostentoso, a recoger amigos procedentes de Omaha o Denver, le complacía que estos caballeros expresasen admiración por el selecto ganado que pastaba en sus prados, a ambos lados del camino. Cuando alcanzaban la cima de la colina, más le complacía ver cómo aquellos hombres mayores que él en edad se apeaban de un ágil salto, subían los escalones y corrían al encuentro de la señora Forrester, que en ese instante salía al porche a recibirlos. Hasta el más malhumorado y distante de sus amigos, cierto banquero de Lincoln de rostro inexpresivo, parecía animarse cuando esta le tendía la mano y él intentaba responder al reto jugueteo de sus ojos y hallar una réplica ingeniosa al chispeante saludo de sus labios.

La señora Forrester siempre estaba allí, en el umbral de la puerta, para recibir a los que llegaban, de cuya proximidad la avisaba el retumbar de las herraduras y el runrún de las ruedas al pasar por el puente de madera. Si en ese momento se encontraba en la cocina, ayudando a la cocinera bohemia, salía con el mismo delantal, blandiendo una cuchara de hierro impregnada de mantequilla, y puede incluso que le ofreciera al recién llegado unos dedos manchados de cereza. Nunca se detenía a recogerse los rizos: resultaba encantadora sin arreglar, y ella lo sabía. En más de una ocasión había salido corriendo a la puerta sin otro atavío que la bata, cepillo en mano, con el largo y negro cabello cayendo ondulado sobre los hombros, para recibir a Cyrus Dalzell, el presidente de la Colorado & Utah: aquel ca-

ballero nunca se sentía mejor distinguido que con ese recibimiento. A su juicio —igual pensaban todos los admiradores de cierta edad que se detenían a visitarla—, cualquier cosa que le diese por hacer a la señora Forrester resultaba «refinada» por el mero hecho de hacerla ella. Eran incapaces de imaginársela sin encanto, llevase lo que llevase o estuviese donde estuviese. El propio capitán Forrester, que era hombre de pocas palabras, había confesado en una ocasión al juez Pommeroy que nunca había estado su esposa más arrebatadora que un día en que la vio correteando por la hierba perseguida por un toro que acababan de adquirir: a la dama se le había olvidado que el toro andaba por allí y había ido al prado a recoger un ramo de flores. De pronto, el capitán oyó que gritaba, pero cuando echó a correr medio ahogado por la colina se la encontró dando saltitos al borde del marjal, como una liebre, desternillada de la risa, sin dejar de sujetar con tozudez el parasol encarnado que había causado todo el incidente.

La señora Forrester tenía veinticinco años menos que su marido, para el que este era su segundo matrimonio. Se había casado con ella en California y recién desposados se instalaron en Sweet Water. Incluso en aquellos días lejanos, cuando apenas pasaban en ella unos meses al año, el matrimonio tenía aquella casa por su hogar. Más tarde, tras la terrible caída del caballo que sufrió el capitán en la montaña, y que lo dejó tan incapacitado que le fue imposible seguir organizando el tendido de líneas, marido y mujer se establecieron en la casa de la colina. El capitán empezó a envejecer allí. Pero también ella, desgraciadamente, iba cumpliendo años.

II

Pero pondremos el comienzo a esta historia una mañana de verano de hace mucho tiempo; la señora Forrester aún era una mujer joven, y Sweet Water, una localidad de la que se esperaban grandes cosas. Aquella mañana estaba junto a la enorme ventana del salón, disponiendo al estilo tradicional unas pálidas rosas en un recipiente de cristal. Cuando levantó la vista, vio a unos chiquillos que se aproximaban por el borde de la carretera; iban descalzos, llevaban cañas de pescar y cestas de comida. Los conocía prácticamente a todos: entre ellos iba Niel Herbert, el sobrino del juez Pomeroy, un apuesto muchacho de doce años por el que sentía predilección; también estaba George Adams, muy educado, hijo de un terrateniente procedente de Lowell, Massachusetts. El resto del grupo lo componían unos cuantos chicos del pueblo: el hijo pelirrojo del carnicero, los gemelos morenos y rollizos del tendero principal, Ed Elliott (cuyo anciano progenitor tenía una zapatería y era el donjuán de los bajos fondos de Sweet Water) y los dos hijos del sastre alemán. Estos últimos, unos muchachos pálidos y llenos de pecas, de ropas harapientas y sucio cabello pajizo, iban a veces a venderle caza menor o pesca del arroyo: surgían en silencio, como dos apariciones, ante la puerta de la cocina, donde preguntaban con sus vocecillas si «a la señora le interesaría esa mañana pescado fresco».

Cuando ya iban ganando la colina, vio que se paraban y discutían algo:

—Pregúntaselo tú, Niel.

—No, George, hazlo mejor tú. Va mucho a tu casa, a mí casi no me conoce y no me va a hacer caso.

Se detuvieron delante de los tres escalones que llevaban al porche de entrada. La señora Forrester salió a la

puerta y los recibió con un grácil ademán. En una mano llevaba una de las pálidas rosas.

—Buenos días, muchachos. ¿Vais de excursión?

George Adams dio un paso adelante y se quitó con solemnidad el enorme sombrero de paja.

—Buenos días, señora Forrester. ¿Nos permitiría ir al marjal a pescar y bañarnos? Luego querríamos almorzar bajo los árboles.

—Pues claro. Hace un día estupendo. ¿Lleváis mucho tiempo de vacaciones? ¿Echáis de menos la escuela? Seguro que Niel sí. El señor juez siempre me cuenta lo estudioso que es.

Los muchachos rompieron a reír, y Niel parecía desdichado.

—Hale, corred, y que no se os olvide cerrar la cancela del prado. Al señor Forrester no le gusta nada que se le metan las reses en el jardín.

Dieron la vuelta a la casa muy calladitos; en cuanto llegaron a la puerta del prado echaron a correr por los verdes campos, vociferando a la sombra de los altos árboles. La señora Forrester se quedó mirándolos hasta que se los tragó la pendiente de la colina. Entonces se dirigió a su cocinera bohemia:

—Mary, cuando haga usted el pan, prepáreles a los chiquillos unas cuantas galletas. Se las llevaré yo misma a la hora de la comida.

La suave colina sobre la que se asentaba la casa iba describiendo una leve pendiente hasta el puente de entrada, y seguía bajando paulatinamente hasta dejar atrás el bosquecillo. Al este de la casa, en cambio, donde acababa dicho bosquecillo, la pendiente se rompía bruscamente tras un terraplén cubierto de hierba, como en un acantilado, que daba paso al marjal. Hacia allá se encaminaban los chicos.

Llegó la hora de la comida sin que hubiesen hecho nada de lo que se habían propuesto. Habían estado toda la ma-

ñana comportándose como criaturas salvajes, profiriendo alaridos desde el ventoso terraplén, lanzándose contra el argentino marjal a través de las telas de araña, empañadas de rocío, que brillaban entre las cañas altas; pasaron como exhalaciones entre las delicadas espadañas, se introdujeron en el arenoso lecho del arroyo e intentaron atrapar una serpiente acuática moteada que estaba tomando el sol en el tocón de un viejo sauce; fabricaron hondas con tallos de plantas y se echaron al suelo boca abajo para beber de un fresco manantial, que brotaba en uno de los márgenes e iba a morir junto a una umbría floresta. Los dos muchachos de ascendencia alemana, Rheinhold y Adolph Blum, fueron los únicos que permanecieron tranquilos en una quieta charca, formada por un languideciente tronco de árbol que interrumpía el curso del arroyo: allí, pese al ruido y los chapoteos de los demás, consiguieron capturar unas cuantas ventosas.

Las rosas silvestres estaban abiertas y brillantes, los lirios se engalanaban de flores púrpura y comenzaba a brotar el algodoncillo, que parecía plata. Acá y allá revoloteaban los pájaros y las mariposas. De pronto se extinguió la brisa y el aire se hizo tórrido: el marjal empezó a despedir vapor y los pájaros desaparecieron. Los chicos se dieron cuenta de que estaban cansados: la camisa se les había pegado al cuerpo y los cabellos a la frente. Se alejaron del abrasador margen del vergel en dirección al bosquecillo, donde se tumbaron en la hierba límpida a la refrescante sombra de los álamos y sacaron la comida. Los hermanos Blum no solían llevar otra cosa que pan de centeno y algunos pedazos de queso rancio. Sus camaradas en modo alguno mencionaban aquel asunto. Pero Thaddeus Grimes, el hijo pelirrojo del carniceiro, era un poco maleducado, y no le importó vocear sus burlas:

—¿No sois alemanes? ¡Pues a ver cuándo nos traéis unas cuantas salchichas!

—¡Chitón! —dijo Niel Herbert, señalándoles una figura blanca que se les aproximaba a buen paso por el bosquecillo, bajo la sombra intranquila de las hojas. Era la señora Forrester, que bajaba con la cabeza al descubierto y una cesta en el brazo; en sus cabellos, de un negro azulado, restallaba la luz del sol. Tardaría aún muchos años en empezar a ponerse pañuelos y pamelas, aunque tampoco su tez se contaba entre sus encantos. Tenía las mejillas pálidas y más bien delgadas, y en verano le salían algunas pecas.

Mientras se acercaba, George Adams, que tenía una madre un tanto particular, se incorporó, y Niel siguió su ejemplo.

—Chicos, os he traído unas galletas para el almuerzo. —Retiró la servilleta que tapaba la cesta—. ¿Habéis tenido suerte?

—No hemos pescado mucho. Hemos estado jugando.

—¡Ah! Entonces os habréis bañado, ¿no? —Se dirigía a los chicos con una despreocupación familiar y sin aspavientos—. Yo misma me meto en el agua a veces, cuando bajo a coger flores. No me puedo resistir. Me quito las medias, me levanto las faldas, ¡y allá que voy! —Con un movimiento del tobillo se quitó uno de los zapatos blancos y se puso a sacudirlo.

—Usted sabe nadar, ¿verdad, señora Forrester? —dijo George—. No hay muchas mujeres que sepan.

—¡Uy, cómo que no! En California todo el mundo sabe. Pero aquí en Sweet Water no es lo mismo, con ese barro, las serpientes y las ventosas. ¡Qué asquito! —dijo entre risas, haciendo como que temblaba.

Thad Grimes también quiso intervenir:

—Mismamente esta mañana hemos visto una y casi le arreamos una buena. Era grande como una mula.

—Pues tendríais que haberla cogido. La próxima vez que me bañe me va a dar mordisquitos. Hale, seguid comiendo. Cuando os vayáis, que George le deje la cesta a Mary. —Y siguió su camino. Los chicos la observaron: vieron

que aquella figura blanca se iba paseando por la linde del bosquecillo y se paraba de vez en cuando a examinar la frambuesa que brotaba junto a la cerca.

—Mira que están buenas estas galletas —dijo uno de los morenos gemelos Weaver, que siempre estaban risueños.

Los hermanos alemanes masticaban en silencio. Estaban todos encantados con la aparición de la señora Forrester y con que no hubiese enviado a Mary en su lugar. Hasta el pequeño brutote de Thad Grimes, con aquella corona de paja y su boca de pez hambriento —un rasgo físico que los Grimes iban pasándose de padres a hijos—, se daba cuenta de que la señora Forrester era diferente. George y Niel ya tenían edad suficiente para ser conscientes de que era distinta a las demás mujeres del pueblo y para preguntarse qué la hacía ser así. Los hermanos Blum, con aquel flequillo albino que parecía cortado a trompicones, la contemplaban con el respeto reservado a los ricos e importantes. Ellos percibían, más que sus camaradas, que la existencia de una clase social privilegiada y afortunada era un hecho axiomático del orden social.

Cuando acabaron de comer, los muchachos se tumbaron en la hierba a discutir sobre la perra de aguas del juez Pommeroy, *Fanny*, que había sido envenenada; no les cabía la menor duda de quién había sido el culpable. En ese momento llegó una segunda visita.

—Callad, chicos, que por ahí viene el envenenador de perros —dijo uno de los gemelos Weaver—. Que os calléis, no nos vaya a envenenar también al pobre Roger.

Un muchacho ya desarrollado, de dieciocho o diecinueve años, que vestía un desastrado traje de caza de pana y llevaba escopeta y morral, acababa de subir por el marjal e iba bajando por el bosquecillo entre las hileras de árboles. Su andar era grosero y arrogante: iba dando patadas a las ramitas y se mantenía erguido de forma poco natural, como si llevase a la espalda una vara de acero. Su modo de alzar